A TINTA NEGRA



CUENTOS Y RELATOS DE TERROR
en contextos de encierro

CEPI Nivel Superior
NEUQUÉN 2024

Coordinadores:
Carlos Miranda Mena
Omar Pinchulef

Diseño y diagramación:
Lorena Faath

Edición e ilustraciones:
Carlos Miranda Mena

A TINTA NEGRA

ESCRITORES DEL 1

PRÓLOGO DEL TALLERISTA

Tengo el privilegio y la enorme tarea de realizar el prólogo de esta primera edición provincial de escritura en contexto de encierro en la provincia de Neuquén. Este rol que desde hace cuatro años elijo desarrollar con entusiasmo, seriedad y cariño, consiste en abordar y asistir desde las expresiones artísticas a los estudiantes de Nivel Superior.

Semana a semana, en cada encuentro grupal se narraron historias en voz alta y se compartió material audiovisual seleccionado para fomentar la reflexión y el debate respetuoso, en pos de imaginar otros mundos posibles, más pacíficos y empáticos.

Mi principal objetivo es que los estudiantes descubran en el lugar menos pensado, su mejor versión como seres humanos. Y también, que puedan hacerse conscientes de que la libertad estará latente en ellos, hasta que la muerte los separe, al igual que las pasiones, la fe, el amor y la esperanza.

Puedo afirmar que el mundo de los libros y la escritura humaniza, el arte sirve como herramienta para acercar y visibilizar experiencias de vida que quizás nunca podrían imaginar.

Ahora bien, queridos lectores, deseo que puedan disfrutar de los relatos de nuestros nuevos escritores de la Patagonia.

El placer es mío. Mi nombre es Carlos Miranda Mena, educador popular y docente en cárceles, responsable de esta aventura de aprendizaje humanista.

Agradezco a mi hija Charo y a Lorena, mi compañera, quienes me apoyaron para que nunca abandone al tallerista que soy.

Un abrazo de todo corazón a todas las personas confinadas al encierro de los cuerpos, a los que todavía no pudimos llegar, a los que vendrán, a los integrantes del taller por habernos permitido compartir esta experiencia y por valorar la oportunidad de dejarse ayudar. A los ya no están.

Carlos Miranda Mena, docente en contextos de encierro
Neuquén, 19 de diciembre de 2024

PRÓLOGO DE NUESTRO FUTURO ABOGADO

Es común pensar que desde la cárcel nada bueno puede salir. Sin embargo, aún desde el encierro carcelario, pensado como una forma de controlar, vigilar y castigar al sujeto desviado, es posible producir hechos y conductas positivas que permiten trasformar esa experiencia tan negativa de tener que estar privado de la libertad.

Este libro es una muestra de que todo sujeto tiene la capacidad de imaginación radical, es decir, la potencialidad de crear nuevas representaciones en virtud de su propia experiencia personal. Este libro tiene fantasía y realidad al mismo tiempo.

Se me ocurre aclarar, y estoy seguro de no equivocarme al respecto, que los autores de cada relato o cuento que encontrarás en estas páginas, encontraron un poco de libertad al escribirlos. Libertad que les permitió soñar, reír, proyectar, creer y mucho más.

A veces, dice un amigo mío, solo se trata de tener una oportunidad; y aquí la tuvimos cada jueves, cuando entre mates y cositas dulces, recibíamos a Carlos "Kongo" Mena y Omar "Tachi" Pinchulef, a quienes, con una vocación de talleristas del alma, se les ocurrió entrar al Pabellón 1 de la Unidad de Detención 11 de Neuquén, con películas, hojas en blanco, lapiceras y una bolsa con guantes de boxeo para darnos un curso de "Cine, debate y boxeo".

A ellos les agradecemos de corazón porque esa humanidad volcada hacia nosotros en tiempo, en sonrisa, en empatía, nos educó, nos transformó, nos liberó y nos divirtió mucho, al mismo tiempo que nos hizo seres mucho más resilientes.

Esperamos que el lector lo disfrute tanto como nosotros y estén atentos que se vienen nuevos relatos.

"Donde hay educación, no hay distinción de clases" (Confucio, filósofo chino, 551 A.C)

Luis Aboy, estudiante universitario
Neuquén, 19 de diciembre de 2024

El río

Cuenta la historia que, en un recóndito lugar desconocido de Centroamérica, existía un valle atravesado por las aguas heladas y cristalinas del "Río de la Duda". Allí se encontraban dos tribus particulares. Una era la de los Añanga, ubicada al este. Al Oeste, estaban los Trotén. Ambas etnias fueron bautizadas antiguamente con los nombres de los frutos autóctonos de la zona. Entonces, en el Este, solo crecía el fruto Añanga y al Oeste el del Trotén.

Estas poblaciones prácticamente no tenían relación alguna, solo con la excepción de intercambiar estos alimentos, para variar sus raciones ante las inclemencias del tiempo. Respetaban sus creencias y costumbres y bajo ningún punto de vista se permitía contraer matrimonio entre ellos. Pensaban diferente, adoraban a dioses enemigos de su fe, y se dice, que, si no hubiera sido por la necesidad del canje de la mercancía, no hubiera existido diálogo.

El Río de la Duda era fértil, estrecho, profundo y caudaloso. En algunas estaciones del año, la correntada era tan veloz como cuando un ave de rapiña baja de las alturas con violencia detrás de su presa. Estas aguas interminables nacían de las cumbres del deshielo y eran custodiadas por largas filas de frondosos árboles, decorados con sus frutos nutritivos y carnosos, tanto del lado Trotén como en territorio Añanga. Sus ramas eran larguísimas y refinadas, como si fueran manos de mujeres queriendo tocar el cielo. Y llegó el día en que sucedió algo mágico y naturalmente los tallos se enredaron en muchos abrazos, uniéndose con sabiduría, con ternura. Sus nuevos brotes intercambiaron la sabia de ambos bosques y le dieron vida a un fruto nuevo, único y diferente a los que hasta el momento se habían conocido, que fue bautizado como el "fruto de la discordia".

Bastó este acontecimiento para que las tribus se tuvieran que reunir por primera vez a discutir a quién le pertenecía el tan preciado alimento. Para todos era un verdadero tesoro con características totalmente inéditas. Su piel era suave como el viento, de colores cálidos y vivaces, una maravilla. Había crecido en el límite exacto que dividía a las tribus.

La discusión duró varias lunas. Las dos partes, como ya dijimos, no estaban acostumbradas a discutir absolutamente nada. Sólo el comercio los obligaba a cruzar miradas frías y distantes, pero nada más.

Fueron días de mucha tensión en las aldeas. La gente estaba nerviosa, preocupada, nadie estaba dispuesto a perder y las abuelas, que eran las más sabias, aseguraban que los beneficios serían extraordinarios para quien se la quedase.

La mediación se llevó a cabo en una mesa enorme, colocada en la cintura del único puente que utilizaban para los intercambios mercantiles. En cada punta se encontraban los líderes de ambas tribus con sus atuendos repletos de piedras preciosas y plumas de colores. Cada uno iba acompañado por un séquito de consejeros que, altaneros, exponían sus teorías, afirmando que ese fruto les pertenecía. Unos que estaban más al fondo decían que el fruto crecía más cerca de su orilla que de la de los rivales. Un hombre gigante, sin una oreja, opinaba que de no llegar a un acuerdo debían partir la fruta a la mitad. Los últimos consideraban que, de ser cortada, la echarían a perder. Algunos hasta se atrevieron a proponer que, si el fruto se dividía, ellos elegirían la parte superior, más próxima al tallo. A pesar de tanto argumento el debate no sirvió para llegar a una solución y los días pasaban sin viento y con un calor abrasador.



Ninguno quería ceder, mucho menos compartir. El fruto seguía madurando y la discusión se tornaba cada vez más fuerte. La mayoría de los consejeros estaban convencidos de que la única manera de quedárselo era a punta de lanza en el campo de batalla.
Fue entonces que, en lo peor del debate, llegó un joven agotado con los ojos cargados de miedo, un mensajero de la tribu Añanga y se le arrimó al oído al cacique diciéndole que el fruto de la discordia había desaparecido. Al mismo tiempo, un niño mensajero de los Trotén le susurró el mismo mensaje a su líder. De repente, un niño a lo lejos, de la nada, explotó en llanto.
Si bien ambas tribus habían estado custodiando el fruto, al momento de su desaparición, nadie se percató del suceso. Simplemente ya no estaba cuando fueron a ver.
Los jefes empezaron a acusarse mutualmente a viva voz de traición y de robo. Todos los guerreros empezaron a sacudir las armas afiladas en el aire y un grupo de cuervos voló despavorido hacia el sur. El diálogo fue abandonado y le dio lugar a una guerra en la que todos los hombres adultos perdieron la vida, quedando así, sólo mujeres y niños a quienes por tradición no se los podía involucrar en dicha contienda.
Así nació el mito de que el fruto de la discordia había madurado y solo había caído al río de la Duda. La corriente se lo llevó.
Nunca más volvió a crecer algo igual; y desde aquella oportunidad cada vez que algo desaparece y no se encuentran culpables, se dice que se lo llevó el Río de la Duda, sólo para ponerle fin a la discordia y así evitar más guerras.

Garí

"Garí" significaba promesa de los dioses y era una tribu nómade que se ubicaba a orillas del interminable Río de la Fe, en las profundidades del sur, en algún perdido rincón de Centroamérica. Su costumbre primordial era desplazarse a tierras lejanas en busca de provisiones porque en su aldea el suelo era extremadamente árido, a pesar de ser atravesado por el generoso río.

Según los ancianos del lugar, pronto se cumpliría la profecía de los dioses. Sin embargo, para algunos habitantes escépticos, todo esto era una gran mentira arrastrada desde generaciones ancestrales, dado que hasta entonces nada de esto había sucedido. Es por eso que la mayoría tenía desapego a estos dichos y rebautizaron a las aguas a modo de burla y sarcasmo como "Río de la duda". Ahora bien, para ser más claro, la historia cuenta que profecía que les habían prometido los dioses a los fundadores de la tribu consistía en que un día cualquiera, como bendición, el río arrastraría cuesta abajo un fruto, que lo cambiaría todo en su población.

La especie llevaba las semillas que verían brotar en tierras lejanas del norte a causa de la fusión de ambas plantas. Todo esto estaba predestinado a su reproducción en abundancia, a la prosperidad del pueblo que alguna vez fue olvidado por sus santos paganos.

El curandero más antiguo de la tribu decidió elegir como discípulo a un joven noble y valiente llamado "Garí". El muchacho sentía mucha admiración por el anciano y nuevo maestro, a quien escuchaba atentamente, cruzando los brazos y achinando los ojos color de la noche. El anciano lo hacía reflexionar con paciencia, mientras que Garí asentía con un leve movimiento de cabeza, con su cabello largo y oscuro bañando sus hombros.

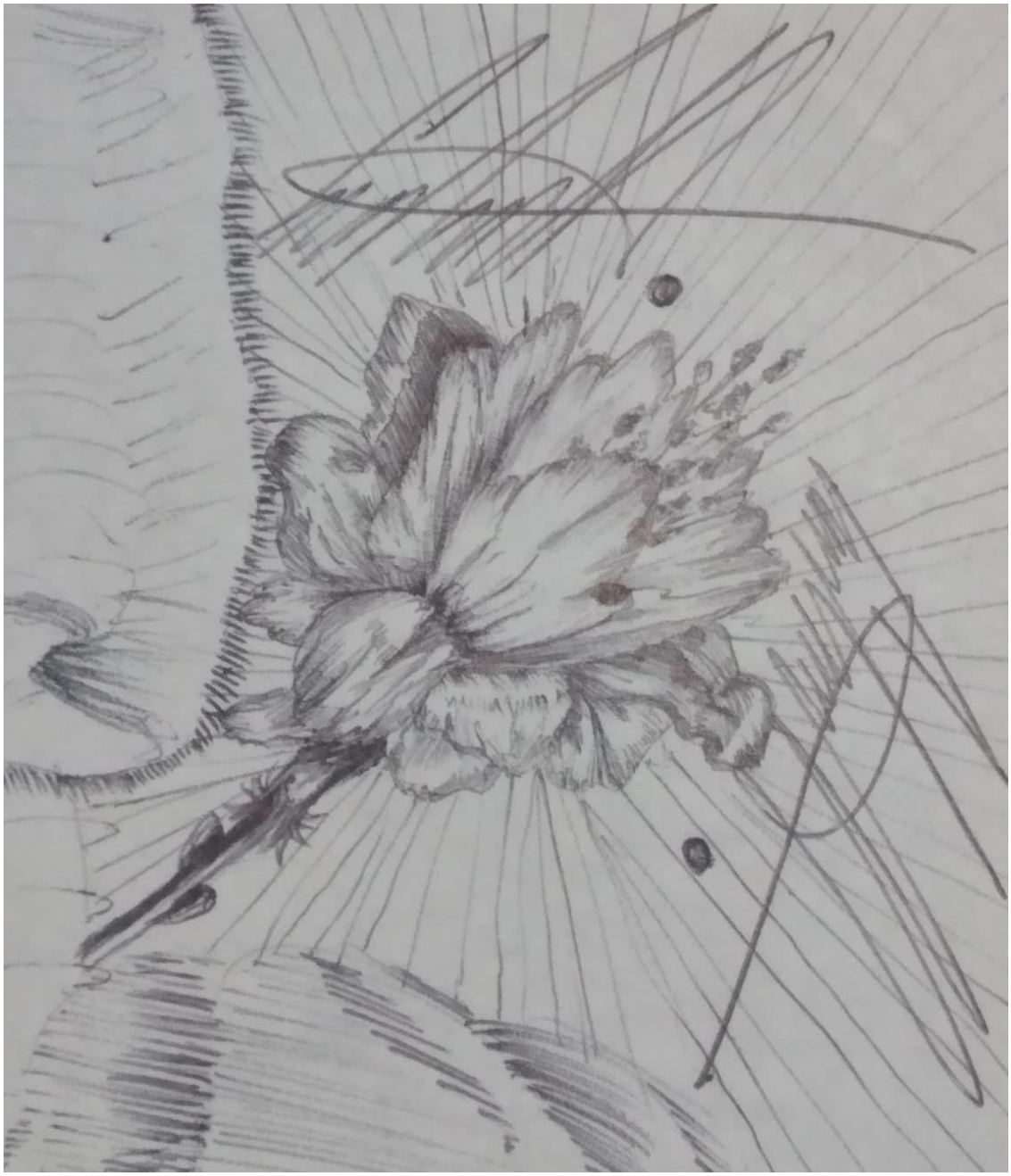
La fe del maestro y el discípulo era tan grande como el sol del mediodía. Sin embargo, el más viejo sabía perfectamente que le quedaban pocas lunas. Entonces le encomendó la misión de transmitir la leyenda a todos los habitantes de la aldea. Quizás, esa era la única y última alternativa que le restaba para mantener la esperanza encendida en el corazón de todos y no rendirse ante la espera de la profecía. Garí había comprendido que quizás él tampoco llegaría con vida para confirmar dicho acontecimiento, pero de lo que no dudaba era justamente que sucedería.

La noche era perfecta, de una luna plateada en los últimos días de agosto. Todo marchaba en orden, pero la muerte egoísta sorprendió al anciano esa misma madrugada dejando su fe impregnada en el torrente sanguíneo de aquel joven herido por la pérdida de su maestro. El dolor le aplastaba el alma. La soledad y la tristeza lo apartaron bastante de la fresca sonrisa que justificaba su personalidad, aunque continuaba difundiendo fuera adonde fuera la profecía en honor a su maestro.

Todo tercer eclipse de septiembre Garí esperaba con entusiasmo la fecha de cumplimiento de la profecía, cuando el fruto desembocaría a orillas de su territorio para crecer con naturalidad distinta y delicada. Después, al encontrar la planta con mucho cuidado tendrían que trasladarla a lo profundo y desértico para continuar su desarrollo hasta convertirse en un árbol frondoso y abundante en frutos. Nadie sabía el aspecto que tendría la planta. Fue por eso que el muchacho se encargó de trasplantar cuanta especie se le cruzara a lo largo del camino. Ese ritual de fe, lo repitió durante años y a pesar de tener toda la consagración de los dioses, nada bueno ocurría porque las plantas que fueron llevadas a tierra adentro, se morían al día siguiente para desgracia de Garí.

Esto se repitió hasta que una tarde encapotada de nubes grises, aprovechando la ausencia del sol nuevo pudo hacer varios kilómetros más de lo habitual y dio con una especie totalmente diferente a todas, repleta de flores circulares preciosas. Tuvo un fuerte presentimiento de que era lo que tanto andaba buscando. El hallazgo le generó una mezcla

de sentimientos que lo hacía reír solo como un loco en la nada misma. El corazón le palpitaba en todo el cuerpo.



Por la noche levantó la mirada a las primeras estrellas que brillaban en el firmamento pensando en los dioses con la fuerza del alma, exaltado al imaginarse que existía la posibilidad que al día siguiente de trasplantarla se cumpliría la promesa. En ese instante se le vinieron unas imágenes de cuando el maestro aseguraba que todo iba a estar bien. Dejó escapar un suspiro, se arrodilló con cuidado y cavó con ternura alrededor del tallo fresco y frágil, lo colocó en un cuenco de ombú y emprendió el viaje con la planta y el corazón en las manos para perderse en lo árido donde se hunde el sol inmenso y dorado, donde se iría a sembrar la esperanza de su pueblo.

Esa noche cayó rendido al sueño, abrazando la pequeña planta como si fuera su hija. Entredormido, largó unas frases de amor y respeto. No quería, no podía, perderla de vista. En segundos sintió desvanecerse lentamente hasta que el telón de los sueños lo envolvió por completo para sumergirlo en un mundo espiritual y apareció repentinamente en el corazón

de un paraje virgen, rodeado de una exótica naturaleza, parado entre animales ya extinguidos, desde el más inofensivo hasta los depredadores enormes y feroces que jugaban entre sí, conviviendo en armonía. Al levantar la mirada descubrió que estaba a los pies de un árbol gigante nunca visto con frutos que sobresalían entre los manojos de las frescas hojas. Hizo un esfuerzo y en puntas de pie intentó alcanzar a tocar lo que estaba más cerca. Al conseguirlo notó que su textura era tan suave como si tocara el viento, de colores vívidos y su tamaño cabía justo en la palma de su mano.

Al darse cuenta que detrás de ese árbol se extendía un bosque de la misma especie, el cual bajaba prolijamente enfilado, custodiando un camino que desembocaba en un espejo de agua. Estaba confundido al percibir todo como si fuera real. A lo lejos le pareció ver algo que se movía entre la espesura, una figura que se fue acercando lentamente. Eso que vislumbraba fue tomando forma humana hasta que por fin pudo reconocer que se trataba de su entrañable maestro, que llegó hasta él deslizándose en el aire. El chico no pudo contenerse y explotó en llanto. El anciano le sonrió cálidamente, tomándole las manos, contándole lo mucho que lo extrañaba. Lo observó fijo a los ojos y una energía inexplicable lo invadió de paz y seguridad. Se abrazaron como padre e hijo y el maestro le susurró al oído: *"Cuida la planta como si fuera tu vida, protégela de los vientos del sur, no dejes crecer la maleza a su alrededor y nunca olvides tenerla lejos de los perros cimarrones y los lobos del cerro que bajan a escarbar para comer sus raíces. Cuando crezca va a cubrir los montes y se expandirá por toda la aldea, abrazándolos con abundancia"*. Garí lo oía atentamente mientras escurría sus lágrimas tibias. *"Los va a proteger a todos por igual, como vos cuidaste de ella",* finalizo el anciano.

De repente*, ZUM ZUM ZUM* sintió un estruendo fuerte en los oídos y de la nada salió del trance y dejó de soñar. Abrió los ojos con esfuerzo y se encontró con un sol majestuoso que colgaba en el horizonte. El resplandor le acarició el rostro y una brisa agitó el tallo de la planta. El muchacho aulló de alegría, saltó y aplaudió con felicidad. Después formó un círculo de rocas para protegerla del viento que soplaba en aumento por el llano y desolado lugar.

Circo Moscoscoso

Era el mes de septiembre, hace no muchos años. Arribaba a la ciudad de Neuquén un viejo circo, de aquellos que solían tener animales, payasos, trapecistas, malabaristas y todo tipo de atracciones, hasta la mujer barbuda venía con ellos.
Los trabajadores del circo levantaron sus carpas en un descampado que pertenecía al municipio.
Recuerdo que en la escuela nos entregaban panfletos con publicidad y cupones de 2X1 o vales para entrada gratis. Una avioneta surcaba el cielo con un mensaje de altavoz que invitaba a participar del espectáculo: *"CIRCO MOSCOSCOSOOOO, TODOS INVITADOS AL MEJOR CIRCO DEL MUNDO...".* Una voz masculina repetía el mensaje que desde las alturas llegaba hasta las aulas.
Cuando sonó el timbre de salida del colegio, caminé hasta mi casa, que por suerte estaba a nada más que media cuadra. Estaba llegando cuando encontré a un vecinito que se acercó corriendo para hablarme.
— *¡Vendieron a Satanás!*, me dijo, agitado. — *¿Quién va a querer a un perro viejo, desmuelado y mañoso?* — le respondí largando una carcajada.
— *¡El circo!* — insistió él.
— *¿El circo? ¡Si no sabe hacer nada mi perro!*
— *Parece que lo quieren para alimentar leones*— me respondió levantando los hombros.
"Me deben estar haciendo una joda", pensé y llamé a mi perro.
¡Satanás! ¡Satanás!
Pero no apareció. Raro. Porque él era el primero en recibirme en mi casa. Se me estremeció la piel y salí corriendo en dirección hacia el circo. Llegué en un santiamén, miré hacia todos lados y desde el cerco vi la enorme carpa, camiones y hasta alcancé a ver a la mujer barbuda saliendo de una antigua casilla rodante. Un montón de enanos vestidos de payaso ensayaban entrar en un pequeño auto amarillo con un gigante en el techo.
Al fondo del predio, desde atrás de la carpa, donde no alcanzaba a ver, se escuchaban rugidos. Deduje que ahí podía estar Satanás. Aprovechando que los arbustos estaban altos alrededor del cerco, me fui agazapado y rodeé el alambrado hasta llegar al lugar donde se escuchaban los bramidos. Salté el cerco, me acerqué rápidamente hasta los carros con jaulas entre las carpas.
Mientras husmeaba pensando dónde estaría mi perro, me sorprendió el cuidador de los animales.
— *Ehhh! ¿Qué hacé acá?* — me dijo con un raro acento.
— *Buscando a mi perro*— le respondí enderezándome.
— *¿Cómo es tu perro?*
— *Viejo, desmuelado y mañoso*— contesté.
— *¿Uno negro?*
— *¡Sí!* — le dije y me preocupé.
— *Acá está tu perro, llevátelo, sacalo de ahí. Intentó morderme y mirá lo que está haciendo*— me indicó señalando la jaula de los leones.
Para mi sorpresa, Satanás tenía arrinconado a un león. Sus ojos parecían fuego, ladridos tenebrosos como trueno salían de su hocico. La actitud del mismísimo diablo.
¡Satanás!— le grité. ¡*Echá pa' tras, echá pa' tras!*
Obedeciendo a mi voz, retrocedió cautelosamente. El cuidador aterrado abrió la puerta como pudo y salió mi perro dejándolo al león acobardado en un rincón. Cráneos y esqueletos mutilados había desparramados adentro de la jaula. Qué bien ganado tenía su nombre mi perro Satanás.



El diablo en tu cama

Lo que voy a contar me pasó una fría noche de abril en el pabellón 1 de la cárcel de Neuquén. Me acosté a dormir, no sin antes hablar con Dios y pedirle que proteja a mi familia, como todas las noches.

No sé en qué momento me dormí porque sin reloj uno pierde la noción del tiempo. Estaba hace un año detenido y a pesar del peligro que conlleva lo cotidiano de la cárcel, nunca había sentido tanto miedo. Esa noche la voy a recordar por el resto de mi vida.

Para mí no fue un sueño. Yo estaba durmiendo tranquilo cuando de golpe sentí que me quedaba sin aire y una presión terrible en el cuello. Abrí los ojos y me encontré con un demonio sentado sobre mi pecho, con sus garras apretándome la garganta.

Intenté gritar y sacármelo de encima, pero estaba paralizado. Me aterroricé y el corazón me latía a mil en todo el cuerpo. Nunca me había pasado algo así. Me di cuenta que por más que lo intentara, nada podía hacer, el espectro tenía una fuerza descomunal. Me estaba quedando sin aire y sólo reaccionaban mis pensamientos.

Empecé a clamar Dios y mis ojos se llenaron de lágrimas. De pronto, el demonio desapareció y salté de la cama todo transpirado, con las piernas que no paraban de temblar; Seguía muy asustado, la garganta no me paraba de doler y el miedo me pesaba en la espalda. Después,



tragué saliva, tomé aire y me arrodillé decidido, para pedirle a Dios que acobije mi alma con su manto y me librara del terror nocturno.

Esa mañana me levanté temprano a desayunar con el cuerpo dolorido, bastante confundido por todo lo que me había pasado. En eso, se me acercó un compañero con cara de preocupado y me empezó a contar, que había escuchado en la madrugada a otro muchacho que vivía en la celda de al lado quejarse de una manera extraña, como si hubiese estado forcejeando con alguien, pero estaba solo como todos en el pabellón. Y que, en un momento, el sintió una presencia maligna que andaba dando vueltas en el ambiente, hasta que no se escuchó más nada y por fin se pudo dormir.

Con todo esto que pasó en diferentes celdas, de alguna manera, comprendí que era lo mismo que nos estuvo molestando a todos esa noche.

Las garras del diablo

Se estaba haciendo de noche y me recosté para relajarme un poco y leer unos cuentos cortos que me habían recomendado. Cuando estaba estirando las piernas sentí un golpe en la boca del estómago, como si me hubieran dado una patada. Mientras me retorcía del dolor como una víbora, empecé a ahogarme, hasta que pude tomar aire. Y de repente, *PUM PUM*, sonó algo dos veces. Eran las sábanas que se tensaron hacia abajo, varias veces. Como yo tenía el cuerpo enredado, quedé imposibilitado para hacer algún movimiento y salir corriendo de la cama. En ese momento un tremendo olor a podrido invadió la celda, hasta el punto de darme arcadas. A todo esto, tenía la boca seca por la desesperación y un miedo intenso que me congelaba el cuerpo.



Entre todo ese desorden intenté gritar, pero no me salía la voz, no entendía nada. Era increíble lo que me estaba pasando, pero lo que sí sabía era que algo o alguien me quería meter debajo de la cama. Me daba la sensación de que era como un paso a otra dimensión. Lo juro, nunca tuve tanto miedo en mi vida como esa vez. Estaba seguro que si veía lo que estaba ahí adentro me iba a morir de un infarto o seguramente quedaría trastornado. Fue cosa de unos minutos que me quedé quieto para ver qué pasaba y me di cuenta que las sábanas dejaron de moverse. Que ya nadie tironeaba desde abajo. Estaba agotado por los nervios, pero ahora un poco más tranquilo. Por lo visto, lo peor ya había pasado. Relajé los hombros, suspiré largo y profundo, prendí la luz con velocidad y me persigné con coraje. Con el palo de escoba en forma de lanza, registré mis bolsos y toda la celda de arriba abajo. Gracias a Dios estaba todo en orden. Unos minutos más tarde ya estaba más tranquilo. Me

enfoqué en ordenar mis cosas, digamos, autoconvencerme que todo ya era cosa del pasado o mejor dicho que solo era algo producido por mi imaginación de tanto encierro. Prendí un pucho y me senté en la cama con algo de desconfianza. Me acordé con claridad que en los primeros meses de esta condena me había pasado algo igual en otro penal. El golpe fuerte en el pecho, esa fuerza desconocida que me arrastraba debajo de la cama, la profunda sensación de muerte y el olor nauseabundo en toda la celda. Pensé en voz alta y me dije: *"vamos amigo, vos no sos ningún gil, no tenés ninguna agachada, ponete las pilas. Si jamás le tuviste miedo a los presos ni mucho menos a la policía, me extraña".* Me paré decidido. Le di un sorbo a lo que quedaba del jugo de la tarde. Me soné los huesos de la espalda para relajarme y más envalentonado, me recosté boca arriba, con una sonrisa de bandolero dibujada en el rostro. No sé por qué, pero me dio mucha gracia pensar en las cosas que me decía a mí mismo. Pensar en que estaba hablando solo como un loco y de la nada se me escapó una carcajada, creo que estaba más tranquilo. Me acomodé hacia un costado, buscando alcanzar el cenicero para no quemar la cama y cuando levanté la mirada, me encontré con dos figuras diabólicas que flotaban en el aire. Se me vinieron encima de repente, con las bocas enormes, dejándome ver unos dientes finos y alargados como agujas. Esa noche fue de terror, la pase muy mal.

Al día siguiente pedí el cambio de celda y les conté a mis colegas que no había podido dormir en toda la madrugada; con el transcurso de los meses me enteré que en esa misma celda se habían ahorcado varios pibes en distintas épocas. Realmente la celda estaba maldita.

La copa rota

Por las calles de tierra un vendedor ambulante solía hacer su recorrido esquivando manadas de perros endiablados y persecuciones policiales.
En el populoso barrio de las 450 Viviendas, en las periferias de la ciudad de Neuquén, este hombre más conocido como "El Gordo Motero", por vender este producto derivado del trigo que se utiliza para preparar bebidas o en guisos y estofados en los hogares más humildes.
El negocio le daba buenos resultados a este trabajador que se había ganado el cariño y el respeto de todos. No había estación del año que lo detuviera. La música que le llegaba desde las casas lo encontraba siempre acompañando con un silbido amistoso.
El barrio entero pensaba que este hombre era muy feliz, feliz por donde lo miren. Andaba con una sonrisa a cuestas y la alegría se le colgaba de los ojos, pero lo que nadie sabía era que al mayor de sus hijos le había caído una terrible maldición una noche cuando reunidos para el juego de la copa invocaron a unos vecinos que tuvo una muerte trágica.
Eran un grupo de adolescentes curiosos que no paraban de inventar cosas extrañas de puro aburrimiento, pero aquella vez la travesura se les fue de las manos. En plena ceremonia la copa se les rompió y desde entonces comenzaron los demonios su propio juego, instalándose en la casa del "Gordo Motero".
Una semana más tarde, el chico insistía que desde los espejos del baño y de la pieza salían voces. Una noche tomó coraje y entró al baño, con los pelos de punta y ahí lo vio. Era "Don José, un vecino cuarentón que desde el fondo del espejo lo miraba con semblante pálido. Este señor había fallecido solo en su casa a causa de su adicción al alcohol. El chico gritó tan fuerte como pudo y toda la familia acudió a las corridas para ver qué le pasaba, pero cuando miraron hacia donde él apuntaba descubrieron en el espejo que el pibe no mentía. Aterrados, salieron todos desesperados entre gritos y empujones a esperar en la vereda al padre de la familia para contarle sobre la aparición.
Estos fenómenos empezaron a repetirse con frecuencia y cada vez que se movían las cosas por sí solas o notaban imágenes de los difuntos del barrio en los espejos, el padre se tomaba su tiempo y revisaba toda la casa con una sonrisa, con un rosario en la mano, con la ilusión de que así todo estaría bajo control.
Los eventos paranormales vinieron a interrumpir la tranquilidad del hogar y la familia decidió dar vuelta los espejos para ahuyentar a las almas en pena, pero no fue suficiente. A los pocos días empezaron a ver a una mujer rubia que iba desde el comedor a la pieza, flotando como un espectro.
Durante un tiempo largo estos acontecimientos no los dejaron en paz. Curas y pastores heroicamente fueron a bendecir el terreno, pero nada funcionó. Los dos hermanos menores se fueron a vivir a otra ciudad con una tía que los recibió con mucho cariño y comprendiendo la situación.
Para no abandonar la casa, Motero se quedó con el mayor y afrontó la situación, pero a él pronto lo alcanzó una muerte súbita en el comedor antes de la cena.



Las viviendas de las 450 estaban de luto y la familia señaló al hermano mayor como el culpable de la tragedia del hogar. Nadie le volvió a dirigir la palabra. Desde aquel día el barrio no pudo superar la pérdida del Gordo Motero. El muchacho se hundió en una depresión sin salida, delirando y llorando en soledad. Las almas en pena nunca lo abandonaron, hasta dejarlo psiquiátrico en cuestión de meses. De sus hermanos y su madre nunca se supo más nada.

Los vecinos de la cuadra ya se habían acostumbrado a oír los gritos desgarradores del chico pidiéndole a Dios que lo perdone.

Pasaron varios años desde estos hechos y yo no volví por el barrio desde entonces pero cada vez que converso con los conocidos que me quedaron allí, me cuentan que el hijo del gordo, pasea por el barrio con la canasta de su padre, intentando vender mote, pero sin suerte. Cuando los chicos que juegan en la vereda, lo ven acercarse, salen corriendo a meterse a sus casas porque se asustan al verlo en ese estado. El cuerpo del joven está consumido a piel y hueso, la mirada esquizofrénica perdida y sus movimientos no son coordinados. Avanza discutiendo con seres que sólo él puede ver.

Vecinos de la zona aseguran que vieron sombras que flotan de ventana a ventana arrastrando las cortinas. Dicen que las luces se encienden y se apagan en interminables parpadeos o se oyen las puertas golpearse con fuerza, incluso cuando el chico sale a repartir por las calles del barrio.

INDICE

Prólogo del tallerista Carlos Mena....5
Prólogo de nuestro futuro abogado, Luis Aboy 7
El río....9
Garí....13
Circo "Moscoscoso"....17
El diablo en tu cama....19
Las garras del diablo....21
La copa rota....23